

Texto de Mara Amo - @maraa.amo

Mi corazón se detuvo, las nubes quedaron inmóviles en el cielo grisáceo y las golondrinas interrumpieron sus cantares. Un sepulcral silencio se extendió por todo el monte, aunque los susurros del gélido viento parecían arrullarnos, consolar la angustia que emponzoñaba nuestros pechos agitados.

Los rostros mugrientos de nuestros camaradas aún reflejaban el horror, la fatal certeza del crudo e inevitable destino. En la lejanía creí escuchar el grito final, hacia el cielo, con los ojos anegados en lágrimas, contemplando por última vez el firmamento plagado de estrellas. Después, una ráfaga de disparos y el sonido de los cuerpos cayendo al suelo, inertes o, peor aún, espasmódicos, dirigiendo sus manos temblorosas al corazón desangrado, continuando la lucha, pero esta vez para no cerrar los ojos, para no permitir que el alma se apague y el ser se pudra sobre el pasto frío.

Me pregunté, con el pesar concentrado en la bola de mi garganta, si la vida significaba algo cuando se escuchaba cargar un fusil. Si todos esos recuerdos, si todo lo vivido, lo olido, lo escuchado, lo visto, lo reído y lo llorado desaparecía, flotaba en la nada del olvido.



(Juan Fernández Ayala, alias Juanín, guerrillero en la guerra civil española, asesinado).

Una mano sobre mi hombro me despertó del letargo, peligrosamente dulce: los cuerpos, por más que yo le preguntase a mi ser más profundo la razón de todo aquello, continuaban allí, con plomo en las entrañas. Y

nosotros, que aún nos aferrábamos a la vida que ellos habían sacrificado, comenzamos a cantar. Una melodía desafinada, pero suave, suave como se mecían las frondosas copas de los árboles, para intentar remover la pena. La canción que habíamos recitado, una y otra vez, con esos mismos que no podrían volver a entonarla en las noches de verano y con el compás de las botas o con la victoria, si es que existe en un mundo como este.

Mis hombres, con sus voces ásperas del dolor, dejaron sus armas en el suelo y al compás, sin dejar de cantar, aunque fuese con lágrimas en los ojos, comenzaron a despojar a los fusilados de sus pertenencias. Yo me desprendí de la pelliza y del rifle, avanzando lentamente hacia los cuerpos. Moscardones revoloteaban alrededor de la sangre y los gusanos y las hormigas recorrían las pieles putrefactas. Me detenía en los pequeños detalles para no enfrentarme a la realidad: aquellos rostros eran los que en vida conocí, los que había descubierto con muecas, sonrisas y carcajadas. Juanín, Castro, Camilo, Eugenio y... Sole. Caí de rodillas, junto a su cadáver, para ahogar los sollozos entre sus pechos sangrientos. Mis manos, mis garras, aferraron sus brazos y sus muslos flacuchos por el hambre, flácidos por la muerte. Le arranqué la cinta del pelo de un fuerte tirón y hundí la nariz en la frondosa cabellera enmarañada y sucia, con olor a pólvora. Mi grito surcó el cielo, hizo huir a muchos pájaros de las ramas de los árboles y a muchos de mis camaradas correr hacia mí, agarrarme de los brazos e intentar apartarme, pero yo me regodeaba en el dolor.



(José Castro Veiga, alias El Piloto, de los últimos guerrilleros, también asesinado).

— ¡Soltadme, soltadme, hijos de puta! —me desgañité, regresando junto a Sole, sujetando con ternura su cabeza entre mis sucias manos, besándole las mejillas frías, la frente embarrada y los labios secos—. Hijos de puta...

Lloré. Como no lo había hecho nunca, lloré, mirándola a los ojos desorbitados, sin el relumbro de vida que alguna vez habían contenido. Ella, mi dulce Sole, habría estado orgullosa de morir. Clavándole las uñas en la piel, aplastándole los hombros contra la tierra, la sacudí, esperando a que me empujase y me insultase, como siempre hacía, para después tenderse encima de mí y hacernos rodar por la hierba, pero tan solo obtuve indiferencia por parte de su cuerpo corrompido.

De nuevo aquel silencio. El monte entero lamentaba las pérdidas, sufría la soledad, la quietud del desconsuelo. Mis compañeros permanecían detrás de mí, cada uno sumido en su propio tormento, y yo me puse en pie, alzando el cuerpo de Sole entre mis brazos. Dejé otro beso sobre su frente antes de levantarla hacia el cielo, ofreciéndola a quienquiera que nos observase desde arriba, quienquiera que permitía todo aquello. Las lágrimas me impedían la vista, la ventisca me enfriaba las mejillas y el polvo me llenaba la boca, pero eso no me impidió gritar:

— *¡Caballito negro! ¿Dónde llevas tu jinete muerto?*

Aferré a Sole en mis brazos, y mi piel caliente notó el contacto con la suya, fría. La deposité en el suelo, lentamente, palpando por última vez su mentón redondeado, su enjuto vientre y los huesos de sus caderas. Quise de nuevo besarla, buscar la calidez que alguna vez sus labios habían contenido, pero reparé en el vacío de sus pupilas, en la nada de su mirada, y supe que ninguna caricia me devolvería a mi mujer, ningún beso robado avivaría su alma. Temblando, logré incorporarme, sintiendo las extremidades agarrotadas y el corazón, por primera vez en mucho tiempo, verdaderamente frío.



(Camilo de Dios, que sobrevivió a la represión del régimen a pesar de ser sindicalista y miembro de la resistencia antifranquista).

Abandonaríamos los cuerpos allí. La guerra, aquella maldita, ni siquiera nos permitía honrar a los difuntos: debíamos huir para no acabar como ellos. Apreté los puños y me pasé el antebrazo por la cara, negándome a observar más aquello que marcaría cada mísero segundo de mis noches en vela. Giré en redondo y, ofuscado, me puse de nuevo la cálida pelliza, para después hacer el amago de colgarme de nuevo el rifle al hombro. Sin embargo, el tacto de la rígida madera hizo que quedase paralizado. Examiné aquella arma y el cielo plomizo pareció aplastarme. Comencé a temblar, arrojé el rifle y observé mis manos, mugrientas e inmundas, y

dedos que también habían señalado y apretado gatillos. Me volví y, con los ojos salidos de las órbitas en la más pura expresión del terror que provoca la verdad, les mostré a mis camaradas las palmas de las manos. Percibía sus rictus extrañamente parecidos, difuminados por una luz que me cegó. Antes de caer en el vacío de la lucidez, pude avistar a uno de mis compañeros dando un paso hacia mí, mostrando en sus manos callosas su escopeta, con el semblante endurecido, firme y cruel:

— Ellos son escoria. Nosotros luchamos limpiamente.



(Eugenio Rueda Perosanz, miembro de la guerrilla gallega, al que capturaron, torturaron y asesinaron).

Quise reír. Reír y luego llorar y tenderme sobre el pasto frío, junto a Sole y mis otros camaradas, aceptando y asumiendo la aplastante realidad. Yo, que siempre había contemplado mi alrededor bajo mi propia moral, empecinado, convencido, encontrando un refugio en mis propias ideas, me vi de pronto despojado, acabado, pues ninguna certeza iluminaba entonces la oscuridad de mi interior, y los cimientos de mi lucha y de mi propio ser habían sido derrumbados al reconocer que yo también portaba un rifle. Aún así sabía que me arrepentiría de no aferrarme a quienes todavía seguían vivos, sabía que mentirse a uno mismo a veces supone la salvación. Tuve que levantar la cabeza hacia el cielo, dejar que las frías gotas de lluvia empapasen mis mejillas embarradas y refugiarme en el abrazo y la esperanza todavía intacta de un joven camarada, uno que aún confiaba en que, un día, el sol asomaría tímido entre los nubarrones y a nosotros, los que aún resistíamos, se nos concedería el honor de haber salvado una nación, sin ser consciente que no merecería la pena hacerlo si al final se pierde a uno mismo.



(Esperanza Martínez, alias Sole, guerrillera antifranquista, a la que encarcelaron en Alcalá de Henares, pero que pudo sobrevivir).

Con la mano al corazón y sintiendo el fusil bajo la suela embarrada de la bota, miré al cielo y pedí perdón, pedí perdón para el hombre, pues nunca llega a conocerse ni a ser consciente de lo que dice y hace, nunca llega a ser sabio, ni justo. Y cuando lo es, cuando reúne toda la virtud por haber, camina errante por el mundo como un infeliz que conoce toda la maldad que contienen sus propias manos, y se niega a sí mismo la redención.